

los trabajos hechos contra Filipo, estaba Olimpias, revestida del poder prestado por la posición, de cuyas ventajas disponía contra el mismo que se las granjeó y conservó. Cuando tantos odios van por los corazones y por los ánimos, nada tan fácil cual condensarlos en estallido supremo y conducirlos fuertemente al fin único de ruidosísima venganza. Olimpias aprovechaba todas las conyunturas imaginables y ponía por obra todos sus medios de satisfacer los añejos rencores. Un oficial de la propia guardia regia, llamado Pausanias, le ofreció la buscada ocasión. Valeroso, apuesto, joven, inteligente, privaba Pausanias mucho en la voluntad soberana de Filipo. Tales títulos dábanle derecho de asistencia indudable á todas las fiestas cortesanas. Y como una muy espléndida ofreciese Atalo, general de Filipo ya nombrado, con motivo de las bodas de éste, acudió Pausanias, ocupando en el festín lugar correspondiente con su dignidad y con su cargo. Excedieron los convidados, llegando en tales excesos á irreverencias y maldades indecibles. Pausanias cayó en una embriaguez parecida de suyo á la demencia, y no supo durante horas lo que hacía. Riéndose de su estado los allí reunidos, le mancharon con la mácula indeleble de burlas vergonzosas. Su cuerpo, inerte bajo el sueño estúpido de una borrachera intensísima, fué ultrajado con ultrajes

sólo asequibles á las imaginaciones más viciadas y á los más depravados gustos. Cuando Pausanias volvió en sí, al verse ridiculizado, herido por facecias de borrachos, ultrajado con actos escandalosísimos, creyóse muerto en su honor, perdido en su carrera, malgrado en todas sus ambiciones, y pidió pronta satisfacción de aquellos ultrajes indecibles á su monarca y general Filipo. Mas éste, amigo y pariente de Atalo, con alianzas por Atalo presididas y sustentadas, no podía castigarlo sin ofenderle, ni ofenderle sin arriesgarse á una cólera muy de temer en aquellas intrincadísimas dificultades múltiples de los antiguos tiempos y de los pueblos antiguos. Contentóse Filipo con expedir Atalo, en compañía de su general Parmenión, á Oriente, dándole solícito encargo de prepararle allí las vías necesarias á la invasión de luengos tiempos prevenida. Pero este proceder de Filipo con Atalo, antes premio que pena, enfureció á Pausanias y le obligó á meterse con arrojo y tenacidad en las más aviesas conjuraciones políticas. No demandaba más Olimpias. Sus ojos iban siempre atisbando la conjuración, sus orejas requiriendo los amagos y anuncios de cualquier catástrofe. A todos ella se dirigía en el empeño de sublevación formal contra su ingrato esposo. Las ambiciones, las cóleras, las venganzas de Pausanias recibieron, al impulso de

aquella mano soberana, tal intensidad, que debían dar de sí tarde ó pronto criminal escándalo. Entre tanto Filipo no se ocupaba sino en las preparaciones para su expedición al Asia, rendidos y subyugados los griegos tras tantas y tan heroicas porfías. A los impulsos recibidos de la pasión que dementaba el ánimo de Olimpias, reunió Pausanias los sofismas de un filósofo tal como Hermócrates, ocupado en buscar el ritmo antitético de las cosas y las contradicciones dentro de todo pensamiento. Despechos como los del joven oficial, rencores tan agrios, odios tan feroces, no habían menester de tales impulsos para determinarse á una venganza. Y, sin embargo, si alguna vez dudara, sofismas y pasiones le implieran al crimen. Hermócrates le aseveraba no poder granjearse gloria mayor que la proveniente de matar al mayor entre todos los hombres. «Altísimo quien puede acabar de un golpe con lo alto.» Esto decía el perverso sentido y la ponzoñosa palabra de aquellos á quienes las ideas les parecían vistosísimos objetos, buenos para juguetes. Todos los descontentos sumaron sus cóleras á la cólera de Pausanias, y estalló la catástrofe.

Las nupcias de la hija de Filipo con el rey del Epiro celebráronse allá en Ega, sitio cercano á Pelas, y parecido á nuestros sitios reales. Pocas veces había visto Macedonia tal concurso de gentes.

Expedidas por Filipo innumerables invitaciones, llegaron huéspedes ilustres de los cuatro puntos del horizonte. Los teoros, con esclarecidísima pompa, iban de Grecia portando coronas de oro. Los príncipes, y grandes, y militares del reino asistían, caballeros unos en sus mejores monturas, tendidos otros en sus carros áureos. Las muchedumbres llenaron las almas y los aires con aquellos gritos de regocijo que sólo sabe lanzar el pueblo y que toman resonancias oceánicas. Aunque Macedonia revistiera la forma de una monarquía, su proximidad á Grecia, y el carácter heleno que tomara en su naciente fortuna y en su civilización recentísima, le daban aspectos populares desconocidos en los viejos imperios. Así hubo una función de teatro y acudieron todas las muchedumbres. Aparte ciertos sitios reservados y preeminentes, la población se iba distribuyendo por las gradas múltiples de aquellos colosales edificios, á medida que iba llegando y presentaba las necesarias contraseñas. Aun no rayaba el alba de tan gozoso día cuando ya el pueblo tomaba camino del teatro. A la hora solemne y prefijada llegó Filipo. Muy pocas veces tan brillante y numerosa la corte. Los oficiales de su casa, los guardias de su persona, los príncipes de su familia, menos Alejandro, ausente, lo rodeaban á una con toda suerte de atenciones y le ofrecían particulares

obsequios. Así fuera muy difícil acercarse á él y matarlo, de no haber tomado una disposición tan temeraria como la de presentarse completamente solo, dividiendo su pompa y comitiva en dos grupos, los cuales iban muy apartados de él, uno detrás, otro delante. Tal medida ofreció seguro blanco al asesino golpe. Filipo no desconfiaba de nadie y menos de Pausanias.

Aunque por aquellos días consultara el oráculo de Apolo sobre la guerra de Persia, y éste le dijera cómo se aproximaba su fin, interpretó la inteligencia de tan dudosa respuesta en pro suyo y en ruina de los bárbaros, lisonjeándose con una buena salida en tan alto suceso. Así pudo envanecerse, mirando el esplendor inenarrable de aquellos juegos, cuya magnificencia superaba en mucho á todo lo visto hasta entonces por los macedonios, y precedía como un arco triunfal á sus empresas é intentos. El teatro rebosaba de gentes, y las gentes de alegría. Entre las preciosas alhajas que adornaban aquel estadio de las letras clásicas, ofrecíanse doce simulacros ó estatuas de los primeros dioses, en quienes la excelencia del arte competía con lo precioso de la materia, y después de ellas otra igual en mérito, representando á Filipo, ufanado y orgulloso como un Júpiter olímpico al presidir la corte de sus dioses. Los teatros antiguos diferenciábanse mucho

de los teatros modernos. Construídos éstos para fiestas nocturnas, y adornados en su mayor parte por pintadas tablas y telas, tienen analogía escasa con las herraduras dispuestas en gradería, precedidas por amplios pórticos ornados de grandes impluvios; con su orquesta colocada en el primer escalón, sus coros y sus danzas en los proscenios, su altar erigido á Baco en el centro, los posteenios donde se vestían los actores y se aparejaban las máquinas, atrás; sin techos para que penetrasen libremente luz y aire; con agujeros practicados en el pavimento, por donde salían las sombras infernales; cortados por columnas, entre las que alzábanse con ordenación muy regular bellas estatuas; faltos de nuestros telones, y siempre abiertos en las rocas, á fin de darles mayor solidez y de unirlos á lugares altos, célebres y hasta religiosos: que todas las fiestas allí tenían universalidad muy desconocida en la multiplicidad moderna de los regocijos públicos y en la infinitesimal división del trabajo. Al llegar Filipo, los espectadores gritaron de alegría con fragor oceánico; las músicas rompieron á una en armoniosas sonatas; cantaron aquellos coros, tan bien dispuestos y ensayados, himnos triunfales; salieron al proscenio todas los actores vestidos con sus correspondientes trajes de aparato y ocultas las faces tras sus litúrgicas máscaras, produciendo tal osten-

tación un espectáculo verdaderamente deslumbrador, que realizaban los soldados con sus brillantes armaduras, los atletas con su corona de vencedores en las sienes y sus ánforas al lado, los cortesanos vestidos todos de galas rozagantes, los jóvenes venidos, de Nemea unos, con los atributos hercúleos; otros de Corinto con las guirnaldas ístmicas; éstos de Olimpia para entonar las odas magníficas de Píndaro; aquéllos del hipódromo donde habían alcanzado sobre caballos de Tesalia incomparables timbres, todos poseídos por satisfacciones inenarrables. Imaginaos, pues, lo que parecería en aquel momento Egea favorecida por tributos de Grecia y Asia, que la henchían de una felicidad, mostrada en tonantes regocijos. Filipo debió sentir un desvarío de satisfacción incomparable, bulléndole como le bullían á una en el cerebro tantas empresas, al ver Grecia toda reunida en aquella fiesta y disponiéndose á caer sobre Asia y á tomar de Asia las codiciadísimas venganzas. Su orgullo debió sentir un desvanecimiento, el cual privóle, á no dudarlo, de la vista, impidiéndole observar cómo le seguía, con qué siniestra mirada, con qué taimado andar, con qué agitadísima respiración, el asesino Pausanias. Al poner la mitad primera de su comitiva real á un lado, y á otro lado la segunda, quedándose completamente solo él, en aquella ocasión, debió agachar-

se como un tigre Pausanias, para cogerlo y devorarlo como coge y devora sus presas un rabioso león. Alguien había en tan supremo instante, quizás con asaltos interiores de iguales emociones, y era Olimpias, tan deseosa de venganzas como el mismo Pausanias. Lo cierto es que músicas, bailes, hosannas, clamoreos, himnos, felicitaciones, regocijos, no fueron parte á detener aquella firme voluntad, que muy rabiosa de suyo, y muy ciega de conciencia, impelió á la perpetración del crimen, como si tuviese una fuerza fatal é incontrastable. No había dado Filipo un paso hacia el regio sillón, que le tenían apercebido y ornado, cuando Pausanias le cogió por el cuello, y clavándole su cuchillo hasta la empuñadura en el corazón, lo dejó exánime, como un toro á quien remata con arte segurísimo matarife diestro en matadero cruentísimo.

Un asesinato conmueve siempre mucho á las multitudes, que se indignan á una contra los asesinatos, por esas corrientes de ideas y de afectos naturales en las muchedumbres, y que toman fácilmente misteriosísima unidad y comunican uniforme impulso, cual si tantas individualidades diversas se reunieran y sumaran en superior voluntad. Al grito de cólera y de venganza lanzado contra el asesino, corre presurosísimo éste, requiriendo unos ca-

ballos apercebidos para la fuga en sitio próximo al teatro. Los guardias del rey le siguen desalados é indignadísimos, pero Pausanias les lleva mucho trecho por delante y huye con ventajas á su número y fuerza. Al cabo tropieza en su carrera y cae como herido. Este tropiezo y esta caída equivalieron á su muerte. Los príncipes de Macedonia se gozaron en herir y rematar al asesino, como si cada cual quisiera desquitarse del descuido y participar del castigo. La indignación resultó universal en Ega. Una excepción hubo solamente, la excepción de Olimpias. Apartado Alejandro de las fiestas, ausente de la corte, recayó la regencia en su madre y señora, por quien tenía un afecto de verdadero hijo respetado por todo el mundo. Estas horas de poder que le habían caído por casualidad en las manos, ¡ah!, sirviéronle á Olimpias para ultimar su horroroso desquite. En cuanto el marido espiró, Olimpias se presentó en Ega invocando el derecho suyo á presidir los funerales. Súbita transformación se había operado en ella. El águila, que agarra una presa, largo tiempo atisbada; la voraz lobezna, que harta su hambre voraz en sorprendido rebaño; la terrible leona que despedaza un caballo en el desierto y se bebe su sangre, no gritan de modo alguno con tanta ferocidad como gritaba la satisfecha venganza en todo el regocija-

do aspecto de Olimpias. Lo inmoderado é imprudente de sus temerarias manifestaciones difundieron sospecha bien terrible para su nombre y para su fama, la de que había contribuído en primer término á impulsar la mano que asestó el golpe mortal. Acabadas las fiestas fúnebres, Olimpias las coronó de nuevos crímenes, indispensables á sus infames satisfacciones. Encarándose con Cleopatra, recién parida, le arrancó del seno su hijo y lo arrojó á una hoguera. Tras tal holocausto enorme parecía deber hallarse por completo satisfecha. Pues no, La obligó á darse la muerte. Horror inenarrable siguió á todas estas protervias. Un rey valerosísimo y glorioso, acabado como res en el matadero; un príncipe de la sangre, consumido en las hogueras; una madre bella y joven, ahogada en terrible impuesto suicidio; los parientes de todas aquellas víctimas inmolados rodeaban á Olimpias de sombras tan horribles y nefastas, que parecía una diosa infernal con cabellera de víboras, con mirada exterminadora como la de un genio maléfico y protervo, con maleficios traídos de allá muy bajo, traídos de los abortos del infierno. Corrió ante tal tragedia muy válida la voz de que Alejandro no debía ser engendro de Filipo, cuando por tal modo consentía en la inmolación cruel de quien le diera vida y legara corona. Conociendo Alejan-

dro en las primeras emociones experimentadas cuánto le dañaba la mala opinión que de Olimpias adquiriría el pueblo por su proceder en este momento, personóse precipitado en Ega y dió la orden de perseguir á todos los conspiradores con ánimo de castigarlos hasta cruelmente. Pausanias, después de muerto, fué alzado á una horca muy eminente para que vieran todos en él á la par un escarmiento del crimen cometido y un testimonio de los sacrificios que Alejandro quería presentar y ofrecer á su padre. Pero la feroz Olimpias, más cruel que todos los guerreros, monstruo de rencor y de venganza, deslustró aquel hecho, ciñendo con sus propias manos corona de oro al asesino. Tales enormidades ponían en riesgo extraordinario la vida y la corona de Alejandro. Sus hermanos legítimos y bastardos, sus primos engendrados en el trono, hasta sus parientes más lejanos, los gobernadores de varias regiones, los partidos en armas, el gran número de pretendientes impacientísimos, las intrigas de los persas, la indocilidad eterna de los griegos, los bárbaros tumultuados, Atalo medio subvertido, el ejército compuesto de naciones varias y muy propenso á la indisciplina, bandidos numerosos en las montañas, piratas no menos numerosos en los mares, el tesalio insurrecto y apoderado del paso de Tempe, los tebanos orgullosos, los atenienses inquietos,

los anfitriones divididos, los getas amenazadores y los ilirios en armas, enseñaban todos á una de qué suerte debía proceder Alejandro para calmar los ánimos sublevados contra Olimpias, la criminal, sin traicionar el amor debido á ésta ni menos infligirle su correspondiente castigo.

No faltó quien le aconsejara en estos momentos pactar con tantos rivales, y en vez de superarlas, burlar las dificultades. Pero en corazón tan fuerte y sublime no podía haber tamaña debilidad. Comprendiendo que todo se avasallaría en aquellas gentes al sentimiento nacional, pensó unirlos en el plan enorme de conquistar el Asia, vengando con inenarrables victorias las víctimas de Maratón y haciendo refluir la vida helena sobre todo el Oriente. En las largas deliberaciones, predecesoras del sublime intento, Alejandro encontró mucha contradicción y mucho contradictor. Olimpias vió, como su hijo, lo porvenir. En la ruina de todos sus sentimientos morales y en el ocaso de su conciencia, quedábale un faro de luz inextinguible y un motor de acciones heroicas, su afecto de madre. Cierto que, al irse Alejandro, no tenía otro remedio sino dejar en sus manos la regencia, y que un motivo de ambición podía impeler su voluntad y determinar sus acciones. Pero no desconozcamos que criminal, muy criminal, Olimpias en aquella sirte de

crímenes, por donde andaba Grecia y corría la vida griega muy perturbada ciertamente á la transformación que trajera la monarquía macedónica, guardó siempre su profundísimo amor de madre. Y este amor le hizo ver que si al principio de su gobierno empezaban los macedones á menospreciar los hechos de Alejandro, como se hallaran todavía temerosos y sin saber por quién resolverse, la retardación del proyecto, la torpe lentitud en realizarlo, podrían ocasionar que se juntasen todos en rebeliones varias y diesen con aquel trono reciente y con aquel príncipe mozo en tierra. La ira de las gentes mostró á Olimpias que se necesitaba urgentemente una persuasión á la obediencia, más bien adquirida por el esfuerzo propio que por los títulos heredados. La turbación, á tan profunda mudanza consiguiente, no podía calmarse ya, sino con aquella diligencia en el proceder á grandes cosas futuras, que pusiera olvido y desprecio en los ánimos de las cosas pasadas. Así, en los consejos, donde se presentaban al par de Olimpias Antipáter y Parmenión, Olimpias representó siempre las soberanas y decisivas resoluciones, indispensables para empujar una obra como la de unir el Asia con Europa. Ella fué parte principal á que su hijo anegase con generosidad sin ejemplo todos los recuerdos terribles de la trágica Ega en una lluvia de mer-

cedes. La generosidad de Alejandro, movida por el consejo y el ejemplo de Olimpias, alcanzó tal grado increíble de abnegación, que, al partirse para el Asia, era el más pobre de todos los soldados. Y como uno de los suyos le reconociese por tal derroche y le preguntase qué se conservaba para sí, contestóle Alejandro: «la esperanza.» Y, en efecto, sobre sus alas cruzó, como un vidente hipnotizado y fantaseador, de uno á otro mundo, é hizo todas aquellas inenarrables maravillas. ¡Qué naturaleza tan rica! Fascinado por la visión sobrenatural del Asia, que se le dibujaba en la retina, caldeada por la fiebre del genio y por la pesadilla del insomnio, parecía no haber la previsión y el cálculo entre tantos arrebatos de pasión y tantas inspiraciones de poesía. Pero atento á todo, á lo grande y á lo pequeño, mientras veía desfilar ante sus ojos los templos que iba con su genio á trastornar, los jeroglíficos misteriosísimos que iba con su pensamiento á leer, los dioses que iba con su excelsitud á igualar, los ejércitos que iba con su valor á romper, curábase de las minucias anejas al gobierno diario y organizaba la regencia de modo que no pudiese resultar á él, y mucho menos á Macedonia, daño ninguno. Necesitaba contar con una persona fiel y con una persona fuerte. La persona fiel, después de muy examinados todos los personajes del tiempo, resultaba su

madre Olimpias; la persona fuerte resultaba su general Antipáter. No podía ocultársele, no, en su congénita sagacidad al rey, que ni Antipáter ni Olimpias, en sus sendas ambiciones, podían satisfacerse con una regencia compartida. Pero hábil á la par de inspirado tan extraordinario político, intentó que las veleidades posibles, y aun fáciles de Antipáter al poder supremo, se contrastasen á una con la tenaz fidelidad natural de su madre, mientras que la falta de autoridad en ésta, por causa de sus conspiraciones contra Filipo, se compensase con la sobra de autoridad moral habida en el íntegro Antipáter. Y aquí debemos llamar el pensamiento hacia un hecho de verdadera y trascendental importancia, la perpetuidad del influjo ejercido sobre su Alejandro por Olimpias. La madre no se aparta un punto de su hijo, ni el hijo de su madre. La consulta corre del Indo al Egeo, y del Egeo al Indo. Lo mismo vuelve su pensamiento Alejandro á la madre, que le dió vida, cuando entra en los templos libios del Júpiter Ammón, que cuando entra en los templos semíticos del Jehovah hebreo. En Frigia ofrece holocaustos á los progenitores de Olimpias, y tras el Gránico, aquella inmensa victoria, reserva para Olimpias los primeros despojos. Como tal madre quiso á su cachorro, aquel fiero león quiso perpetuamente á su madre.

La despedida de Alejandro no parece de un héroe, parece de un chicuelo. General tan excelso, joven tan fuerte, lloraba como la noche primera en que lo destetaron. Poco ejército llevaba, convencido íntimamente de que Grecia debía vencer á los imperios asiáticos, no por la fuerza, por la inteligencia; no por el número de sus soldados, por el número de sus ideas. Acompañáronle hasta la primer jornada, como un coro de recuerdos, todos los veteranos, y, como un coro de esperanzas, todos los mancebos. Entre sus lugartenientes, unos habían pasado de la madurez y entrado en la triste ancianidad de su vida, mientras otros no estaban, como él mismo, todavía en su adolescencia. Pero ¡cuántos idos en compañía suya con oscuros nombres, como los Tolomeos, por ejemplo, adquirieronlo tan imperecedero, que todavía los mentamos hoy en la política y en la ciencia nuestras! Veinte días tardó en ir de sus dominios macedónicos á la Propóntide. Aquella vía triunfal de tantos irruptores semejábase por tal ocasión á un vivo poema, porque los aires, impregnados indudablemente de recuerdos sacratísimos, debían resonar con las líricas voces de los héroes inmolados en los conflictos eternos entre la tierra del privilegio y la tierra del derecho. Alejandro, tan poeta como héroe y tan héroe como político, no cesaba un punto en evocar